

CAZADORES DE CREENCIAS

Vidas programadas

Capítulo
2

Yattenciy Bonilla
Damián Yorio

Cazadores de creencias

CAZADORES DE CREENCIAS... Vidas
programadas.

CAPÍTULO 2

Yattenciy Bonilla y Damián Yorio

Derechos reservados

Diseño y diagramación:

YORGA Investment.

Diseño de portada y Fotos:

YORGA Investment.

Formatos: E-book e impreso a pedido.

Año: 2017

Tomado y revisado de:

CAZADORES DE CREENCIAS... Vidas
Programadas

Vidas programadas

Cazadores de creencias

Yattenciy Bonilla y Damián Yorio

Miami, FL. USA

www.solulife.com

Para más información y contacto:

info@solulife.com

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación de los autores o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, empresas u organizaciones o hechos reales es pura coincidencia. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse de ninguna forma, ni por ningún medio, sin el permiso por escrito de Damian Yorio y Yattenciy Bonilla.

Vidas programadas

ÍNDICE

1. Negocios y problemas.....	1
2. Perdiendo el control	3
3. Bienvenidos	8

MATERIAL PROMOCIONAL-PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN Y VENTA

CAPÍTULO 2

1. Negocios y problemas

El área de reuniones de la fastuosa oficina se había convertido en el campo de batalla de sus agresivas negociaciones. Los inversionistas de Oriente, que estaban sentados frente a él le clavaban la mirada como diciendo: “si no nos convences nos llevamos nuestro dinero”. Junto a ellos, un nervioso traductor hacía malabares esquivando las palabrotas para armar una frase que tuviera sentido.

El regordete hombre de negocios, acostumbrado a estas dinámicas de “tira y afloje”, se sentía particularmente cómodo. Desde sus inicios en el mundo de los negocios, se había acostumbrado a tratar con los más “feroces tiburones” de la construcción, del petróleo y de la banca. Sin embargo, había dos industrias que le hacían “perder la cabeza” a la hora de negociar: la de la fe y la de la ingeniería genética. “Aunque no lo creas, se complementan”, supo decirle a la persona que había quedado a cargo

de su mayor proyecto.

Con el jefe insistiendo sobre sus dudas en hacer una inversión tan grande en Miami, una vibración en su barriga le obligó a desviar la atención. “¡Maldición, otro mensaje!”.

Él sabía que su secretaria no se atrevería a interrumpir, solo podrían ser su pequeño hijo o sus soplonés. Disimuladamente, deslizó su mano hasta la cintura y desenfundó su preciado Smartphone bañado en oro. De memoria tecleó los botones para espiar el mensaje. Esperó unos segundos, mientras disimulaba que prestaba atención y clavó su mirada en la pantalla:

“Jefe, soy yo, ya los mandaron para acá. Parece que alguien habló en Miami”.

Su atención se perdió entre el significado del mensaje y el parloteo de los asistentes. Su cerebro se había inundado del estrés de la noticia.

Al retomar el control, un “¡maldito idiota!” salió de su boca. No sabía qué le molestaba más, la noticia o la incompetencia de su soplón: “le dije un millón de veces que no me envíe mensajes”.

2. Perdiendo el control

—Quién es ese señor nuevo... —confrontó Matilde. Era lunes de mañana y la semana iniciaba con el llamado a la guerra de Flinn flotando en el ambiente.

—¿Quién?

—El que gritaba, que me rodeó el coche, el que estaba al frente..., con un grupo grande.

—Ah... sí, se llama Abel —contestó Flinn con desdén—. Acaba de llegar al país con sus hermanos, primos, es-posas, hermanas y no sé quién más.

Matilde permaneció callada. “Si es-tuviera en sus cabales sería más cuidadoso con quienes se le acercan”.

Flinn y el misticismo siempre habían coqueteado, especialmente luego de casarse con la joven Matilde. Subido al poder que le otorgaba la “iluminación”, lo primero que hizo fue tratar de plantar en la mente de la joven la idea de la obediencia. “Todos los grandes emprendedores tuvieron compañeras fieles que los apoyaban”.

Con su modelo de esposa ideal en mente, comenzó a utilizar diariamente rebuscadas citas y párrafos de libros de autoayuda o testimoniales mal traducidos y mal interpretados. Fue un éxito: A los pocos meses, una sumisión completa se había apoderado de la mente de Matilde volviéndose una cadena que la esclavizaría durante muchos años. Con el paso del tiempo, los desvaríos de Flynn aumentaban, esto hizo que su mecanismo subconsciente de autodefensa despertara en ella. “Algo no está bien”. El motivo: de niña, su padre había hecho

lo mismo con su madre, pero a diferencia de Flinn, él había sido un hombre íntegro, detalle que la ponía en guardia.

—¿Qué pasa Matilde? —preguntó oliendo algo en el ambiente.

—Nada —respondió escuetamente—. Solo estoy preocupada por lo que está sucediendo —completó dándole a entender que se refería a la aparición de Abel en el Centro. Flinn, que había escuchado la respuesta de Matilde sentado en su sillón favorito, permaneció inmóvil y en silencio, cuando inesperadamente saltó sobre ella y la atenazó por ambos brazos. La joven quedó petrificada:

—Te recuerdo que, si no me obedeces, ¡serás la culpable de que todo nuestro esfuerzo fracase! —le zamarreó gritándole directo a su complejo de culpabilidad, el que su madre le había creado responsabilizándola de la muerte de su padre por justamente “no obedecerle”. De pie y clavada donde estaba, Matilde permaneció

mirándole a los ojos, al tiempo que en su cabeza comenzaba a repetirse el mantra que había construido años atrás: “¡no soy culpable, no soy culpable...!”.

Al volver en sí, Flinn se percató de la ferocidad que había descargado en esos delgados brazos y cayendo en cuenta rogó: “que los vecinos no me hayan visto u oído”. Tenía una imagen que cuidar, después de todo debía ser el hombre sabio y emocionalmente equilibrado que cientos de personas tomaban como ejemplo.

Matilde había quedado libre del feroz “abrazo” y mientras se acariciaba las huellas que las manos de Flinn le habían dejado, giró lentamente y caminó hacia la puerta de salida, buscando escapar. Él, en cambio, decidió volver a su “centro de información”, y como si nada hubiera pasado, encerrarse a esperar la llegada de una nueva revelación, “las noticias pronto me darán la razón, el tiempo se acerca, todos están en mi contra”. Según sus propias palabras, debía recibir más instrucciones para cumplir

con el plan de combatir a “las fuerzas oscuras que se han tomado el planeta” y al igual que las semanas anteriores cada noche se dormiría dejando a mano su inseparable block de notas y su bolígrafo.

Matilde, que se había marchado de la casa, ahora se dirigía hacia el Centro. Buscaba algo de paz y algo de información sobre los “nuevos y entusiastas seguidores”. El recinto se encontraba vacío. La puerta de la oficina de la secretaria de Flinn se abría lentamente y Matilde se escabullía cual espía. Minutos más tarde lograba ingresar en la computadora, “gracias a Dios no cambiaron la antigua clave”, y una carpeta titulada “Asistentes” se abría mostrando archivos con datos personales. Al final de la extensa lista, un archivo con el título “Nuevos”, llamó su atención.

Sus ojos se abrieron de par en par: “Abel Zúñiga, hermano de Horacio y de Juan, casados, asistían con sus esposas y las hermanas de ellas, que a su vez asistían con sus maridos y

novios. Uno de ellos era jefe de un sindicato de transporte, habitualmente asistía junto a diez compañeros con sus respectivas novias, esposas y parejas”.

“¡Dios mío!, ¡este tipo está al frente de casi cien personas que vienen desde hace tan solo tres semanas!”, exclamó asombrada, “desde que empezó todo”, agregó sagazmente. Enseguida, un profundo sentimiento de angustia la sobrecogió, algo estaba sucediendo en el centro que dirigía su esposo, “esto tiene que venir desde antes que nos conoció-ramos”.

3. Bienvenidos

El largo y poco amistoso viaje había llegado a su fin. Emilio Griffith y Otto Fruncen hacían inmigración en el Aeropuerto Internacional de Miami el martes a las nueve de la noche. La Agencia les había preparado el hospedaje y ya estaban en contacto con la sucursal de aquel país que se encargaba de los asuntos del sudeste

de los EE. UU. Su lugar de operaciones sería un pequeño townhouse, adosado, ubicado en el mismo sector residencial del salón de reuniones de Flinn. Además, quedaba a pocas millas de la casa de Lucy y de Anselmo. Ellos eran los contactos que los iban a infiltrar en el grupo, si la investigación progresaba.

Una noche cálida y estrellada les dio la bienvenida a aquella inmensa ciudad. Al salir, un automóvil de La Agencia los esperaba. Arrancó a toda velocidad hacia el oeste hasta empalmar con la 826 y luego se desvió hacia el norte por la I 75 hasta internarse en una pequeña ciudad al noroeste de Miami.

Al día siguiente, ambos se enfrentaron a la realidad de verse las caras.

—¿Quiere desayunar? —invitó Emilio.

Un humeante café recién filtrado acompañado de huevos revueltos pan y jugo de naranja. Ambos tenían debilidad por los

desayunos americanos y eso facilitó el asunto:

—Quiero ofrecerle disculpas por mi comportamiento en el avión —soltó Emilio en forma espontánea y cortés. Otto dejó de beber su café y alzó la vista por encima de sus anteojos de pasta.

—Aceptadas, ¿por qué estaba tan estresado?

—Me siento incómodo con todo “lo religioso” —transparentó.

—Yo no soy un religioso.

—Y... entonces ¿qué es?

—Un científico..., religioso.

Los dos sonrieron y siguieron devorando.

—¿Contactamos a Anselmo y a Lucy para conocer mejor esta situación?

—Como usted diga, usted es el jefe —La respuesta del científico ablandó al investigador. Sus duras facciones se relajaron y comenzó a sentirse aliviado, “vamos bien”.

Era media mañana y Anselmo recibía la llamada. El acuerdo se cerró con un almuerzo en la casa de Lucy y de sus padres, Anselmo también asistiría.

Los tiempos eran difíciles para muchas familias. La gran crisis de las hipotecas había dejado casi en la quiebra a miles de personas que se dedicaban a la misma actividad que el padre de Lucy.

Con los bancos mordiéndoles los talones resultaba casi imposible recuperar el patrimonio de una vida de trabajo, por lo que la única solución era: “inversionistas extranjeros”, palabras que, casualmente Abel, el nuevo, introdujo un día que se quedaron hablando en el Centro. Con la fe puesta en la llegada de esos compradores, sus mentes se abrían casi a

cualquier propuesta que se les cruzara. Con esta realidad machacando diariamente, la familia de Lucy, y muchas más, se habían convertido en personas emocionalmente vulnerables para los profesionales de la fe.

—¡Delicioso! —exclamó Otto con gentileza.

El cumplido iba dirigido a la comida que la mamá de Lucy había preparado. Su amplia sonrisa demostró lo bien que le sentó el halago.

—Muchas gracias doctor, ¿más pastel?

—Estoy satisfecho —contestó mientras se acariciaba la barriga.

Durante la sobremesa, Otto introdujo sutilmente el tema y así fue como Lucy terminó contando las extravagantes frases de Flinn. Entonces Otto le volvió a preguntar:

—¿Recuerdas las palabras exactas que dijo con relación a su “revelación”?

—Sí... —se rascó la cabeza mientras hacía memoria—, que Dios le habló y que debíamos salvar al mundo de las garras del mal... —hizo una pausa—, además que deberíamos estar dispuestos a sacrificarnos.

Emilio frunció el ceño. Su cara ancha y cuadrada mostraba claramente su estado de ánimo. La afirmación de Lucy lo había conmovido, pero no quería causar alarma, ni a ella ni a su familia. Al instante, Otto se dio cuenta y cambió de tema.

—Lucy... ¿tú podrías invitarnos para que vayamos... el próximo domingo? —sondeó.

—¡Claro, por supuesto! —exclamó entusiasmada.

El experto en idiomas antiguos había sido contratado por La Agencia porque temían que iban a necesitar ayuda en su campo. Sin embargo, nadie sospechaba lo rápido que sus servicios iban a ser requeridos.

—¿Doctor...? —interrumpió Luisa, la mamá—, ¿a qué se refiere este señor con enfrentar a fuerzas malignas?

Continuará...

MATERIAL PROMOCIONAL-PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN Y VENTA



Yattenciy Bonilla: experto en Biblia, escritor, conferencista y catedrático muy respetado de numerosos seminarios e instituciones teológicas.



Damián Yorio: Escritor, Productor y Conferencista. En su haber tiene publicadas numerosas obras de superación personal en forma de cuentos y novelas de ficción.

Capítulo 2/7: El equipo de investigadores llega a Miami con la intención de obtener información. Bestia, el mercenario, los espera para darles la bienvenida. El grupo de personas es demasiado valioso para permitir que lo “despierten”.